

Los testículos de Dios

MARCO AURELIO CARBALLO

Por supuesto que no sabía, tío Hugo, que el papá de Ambrosio Bierce se llamaba igual que yo. Peor hubiera sido llamarse Ambrosio. He leído algunos textos cortos de Bierce, no los suficientes como para haberle dado bien el golpe. Me hace falta leer demasiado. El tiempo alcanzará sólo para unos volúmenes más. Arthur Schopenhauer hizo trepidar anoche mis cimientos. Escribe que Plinio el Viejo se hacía leer libros en la mesa, en los viajes y en la popoteca. Tú y yo lo hacemos sin necesidad de servidumbre. Arturito el Melenas se pregunta si a Plinio el Viejo le hacían falta ideas personales como para estar escuchando a cada rato las ideas de otros. Por fortuna yo leo muchas historias y pocos ensayos. Arturito era un valiente. No temía que, dándole la razón, uno arrojara sus lucubraciones a la basura.

Pero estoy desviándome. Eso del nombre propio es una lata. Sobre todo en la adolescencia. Recuerdo que me quitaba el segundo nombre y el segundo apellido. Cuando firmé mis primeras notas periodísticas escribía mi apellido con ve corta para que nadie me relacionara con mi padre. Hazme el favor. Lo de quitarme el segundo nombre provocaba una chocante aliteración. Ni en cuenta, o me importaba un diputado local.

Olvidé ya si quité el segundo nombre a manera de recorte. Cursaba la secundaria. Todavía no hacía "El Bachiller", periódico mensual. Lo edité en cuarto de prepa. Del recorte me di cuenta porque mi nombre apenas cupo

en el programa de los Guantes de Oro, de Tapachula. Kid Lavacoches era un nombre de batalla breve. En cambio yo aparecía con mi nombre completo. Así que empecé a quitarme un apellido. ¿Qué acaso no tienes madre?, preguntaba mi mami, ojos verdes fulgurando. Ella jamás supo que una novia me cambió el López por Loco. A mí me daba risa y lo celebraba riendo como... tal.

Por esas épocas inventé una bebida. Mi pretensión era unir el digestivo con el postre. Pregunté si tenían coñac barato. Coñac, no brandy. Ella y yo nos preparamos sendos París de noche. Es decir, agárrate, le agregué cocacola al coñac. Esa bebida la conocí cierta vez que el colega Luis de Cervantes, trotamundos, la pidió en un bar. Yo había estado en París pero desde las butacas del cine Tapachula y del Figueroa. Si bien tenía varios sexenios en el D.F aún me quedaban aristas por limar. En mis primeros veinte años había mordido el polvo bastantes veces allá en la costa de la selva, y hasta me caía de los árboles.

Tras una serie de platillos chilangos (tripas y harto chile en sus distintas variedades) y tras pedir el París de noche, ordenamos el postre. Sólo había duraznos en almíbar y enlatados. Así que dejé caer un durazno entero en mi coñac vulgar y enseguida agregué la coca. ¡Había nacido el Carballo Loco!

Mi novia empezó a pedir la bebida en todos los sitios a los cuales íbamos. Desde luego fracasábamos si no había duraznos. Debe ser entero y con hueso. De otra manera su aspecto en el vaso no es el mismo. A mi novia se lo colocaba a contraluz y le decía, mira, ¿a poco no parece un testículo de Dios? La que enloqueció un poco más fue doña Bru, mi primera vieja. Le pedía cajas de veinte botes de duraznos en almíbar. Debe ser invento de alguna de tus putas, decía ella, lépera.

Otra vez me desvié.

Ya de viejo pude reconciliarme con mi nombre. Pero sigo suprimiendo el segundo apellido. De igual modo, si procede, firmo con mis siglas y tampoco agrego el apellido materno porque echa a perder pronunciación y contundencia.

cia. El riesgo es que se obtienen las mismas siglas con otros nombres y otros apellidos.

En la adolescencia me pregunté, y ¿por qué si detesto a mi padre no me firmo con mis dos nombres nomás? Hubiera sido demasiada pretensión. Además tantas vocales articulan un trabalenguas perfecto. Sospecho que la gente me cambia el Aurelio por Antonio o por Emmanuel para evitar el tartamudeo. Doña Roselia, mi abuela materna, resolvió el problema con la sabiduría de sus noventa y tantos años y me llamaba "Marcurelio". Pero la palabra "Excélsior" la pronunciaba a la perfección, hecho que ni siquiera algunos de sus reporteros.

Una de las contadas veces que hubo diálogo con mi padre le pregunté si me habían puesto ese nombre por el emperador y filósofo romano. Dijo que mi abuelo paterno se llamaba Aurelio pero mi madre no quiso que me dijeran Yeyo o Lelo y me agregaron el Marco. No me salvé. Fausto Fernández Ponte me llama Marcolelo.

Algunos colegas chiapanecos inventan seudónimos recurriendo a títulos de nobleza. Me parecen peor de pretenciosos porque cuando conoces al Marqués de Medio Monte o al Conde de Chicharras (lo usan en las columnas políticas), descubres a un prieto, mi compañero, de crenchas oleaginosas y abdomen como de agente aduanal.

Quien sabe si "Marco Aurelio del Soconusco" hubiera sido un buen seudónimo. ¿Tú qué opinas, tío? ¿Suena demasiado mamón?

La fama bonsai

Para mis compañeros de clase,
Rogelio, Chanito, Fonshito, Navarro
y para el abogado Armando Corral García,
media Plebe lograda de Barrio Nuevo.

El caso concreto de Hemingway, estimado Gusgús, ocurrió cuando él estaba sentado a la barra de El Floridita corrigiendo un texto y se le acercó cierto poeta cubano. Veo a éste

meneándose como escribe Óscar Palacios, como se menean los cubanos desde que nacen, como si estuvieran bailando rumba. Poetas y no poetas, con música o sin ella. El poeta quería saludarlo, patentizarle su admiración y decirle que era su modelo de escritor. El Papa Hemingway, púgil experimentado, le lanzó un jab y una mentada. Se ignora si el jab dio en el blanco. Sentado es difícil propinar un jab con la contundencia de quien tiene los pies en el suelo. El susto del poeta debió ser grande aun cuando eludiera el puño gringo. Lo veo como a Kid Chocolate buscando las cuerdas. Hemingway terminó su chamba y disipado el rapto de neurosis pagó la cuenta del poeta.

También lo invitó a echarse unos tragos en Finca Vigía, a ocho kilómetros de La Habana. Permite, Gusgús, que te presuma de mi visita a la casa de Hemingway. Me llamaron la atención el yate "anclado" junto a la alberca, un cementerio de gatos y perros y su mini biblioteca en el excusado.

Una mujer se le acercó a Susana Alexander al terminar su espectáculo en el DF y le pidió regalados diez mil pesos.



Gonzalo Cabrera

Parece que los fanáticos en crisis dominan el difícil arte del sableo.

Sin compararme con Susana la Hermosa pero sí con Hemingway (tengo mini bibliotecas en dos excusados), me han interrumpido en restaurantes y cantinas. No para sablearme. Así han de verme pues formo parte de la clase que siempre actúa por amor al arte. Es decir pago taxis y llamadas telefónicas cuando me invitan a dar una charla o a presentar un libro o coordinar un taller de narrativa. Excepto en Juchitán.

Los cantantes imponen una ristra de peticiones. Madonna pidió en su hotel tazas de excusado nuevas. También ordenó que ya usadas las retiraran ¡para que nadie las vendiera como recuerdos! En la próxima vida pediré tres periódicos, media docena de cervezas, doce botellas de champaña Viuda Clicquot, una de etiqueta negra, una de vodka Stolichnaya, una de coñac XO, una ninfeta de no menos de dieciséis años, en caso de que reencarne en la funda de cualquier viejo sucio, y un cuarto de baño con vapor.

Retomando el tema, distribuyo el tiempo de tal manera que sea innecesario corregir cuartillas fuera de casa. En el D.F cambio de cafetería a menudo y procuro pasar inadvertido ante los conocidos. En Tapachula me pongo a darle en el restaurante del hotel o en Los Comales cuando aún se ve la magnitud grandiosa del volcán Tacaná, antes de las ocho am.

A los autores, como a los toros, desde la barrera. Más vale no conocerlos. Con excepciones, resultan groseros. Quizá debido a experiencias desagradables. Aparte de la esgrima diestra para evitar el sableo, hay que apartarse de quienes buscan la escritura de un libro con la historia de su propia vida. Otros pretenden asestarte un mamotreto original y pues los groseros temen ser acusados de plagio.

Hace poco, un tipo me confundió con mi tocayo Emmanuel y me dio un libro. Era nomás el mensajero, no el autor. Le pedí que esperara a Emmanuel. Por vida "tuyita", diría un soconusquense. Estábamos en la presentación de otro libro. El tiparraco dijo que no importaba y que ¡se lo diera yo! ¿Habría sido su intención deshacerse de la carga? ¿Hacerme su criado?

Por perplejo (léase bien) y porque mi padre me aniquiló el carácter, no pude negarme. El plan de abandonar la sala en cuanto concluyera el acto se me frustró. La gente cree que uno escribe pero no trabaja. Al final me abrí paso entre la gente y tras la explicación, Emmanuel recibió, amable, el libro.

Recordé cuando el tocayo se casó por segunda vez. Yo apenas llevaba el primero. Entonces recibí una felicitación. Bueno, doña Bru. Cuando llegué a casa, doña Bruja me dijo, así que te volviste a casar, grandísimo... Hubo una secuencia de injurias porque nuestro ayuntamiento estaba por concluir. No permitió explicarle que me habían confundido con Emmanuel recién casado con Beatriz Espejo.

Cruzo los dedos para que mi pequeña fama buena o mala siga siendo bonsai. Te lo juro, Guscús. Faulkner la llamó puta. A la fama.

Lo peor son las demandas de cartas de recomendación. A menos que el impresionable patrón empleador viva en el siglo pasado son obsoletas. Casi nunca puedo disuadir al solicitante, un elemental ser humano con el espíritu preñado de influyentismo. Si eres periodista, la peor petición es la de cartas. ¿Cómo sostener inmaculada tu libertad para asumir una actitud crítica ante la clase poderosa si le debes favores a la mitad de esa clase porque te la pasas expidiendo solicitudes de chamba a cuanto la suponen obligación tuya como periodista?

¿Mente sana?

Hubo un tiempo en que, si me lo preguntaban, decía que practicaba seis meses deporte para empinar el codo los otros seis. Ciertos preguntones creían que era una broma o una provocación. ¿Y por qué no haces ejercicio un día sí y un día no, si es lo mismo?, preguntó alguien. No, no es lo mismo porque bebo cuarenta y ocho horas seguidas si tengo una crisis de estrés y de neurosis, les decía desconcertándolos. Pero si la desventura es amorosa el exorcismo reclama setenta y dos horas. Mucho de medicinal debe haber en ese lapso. Los médicos esperan lo mismo para considerar a salvo al paciente.

La práctica del deporte está relacionada en cierta forma con la adicción a la lectura y a la escritura. Empiezas y no puedes dejarlo ya. El organismo te reclama alguna actividad. Ignoro si de adulto puedes adquirir la adicción, como los casos de adicción a la lectura. Sin querer he inducido a dos o tres. Pero si empiezas de niño en el deporte es difícil volverse inactivo.

Así como hay en casa un puñado de obras selectas de autores clásicos, mi padre ha sido un deportista de siempre. Para aficionarme a la lectura no fue necesaria su intervención. Incluso leía el diccionario. Un epifenómeno porque nada más los niños y los viejos tienen esa inclinación. En las edades intermedias uno recurre al diccionario para consultarlo. Tito Monterroso (1921-2003), más allá del bien y del mal, viajaba con un tomo de su enciclopedia y lo leía de principio a fin.

Para imbuirme el amor por los deportes mi padre debió hacer breves empeños allá en Tapachula. En caso de indisciplina te gritaba si no estabas a su alcance y, si lo estabas, antes de que la mollera te fraguara, iba por ti y te traía de la oreja. Fraguada la mollera, te infligía certeros cocotazos. Disfrutaba los deportes, pero este malvado nos hacía ir a las cinco am a una alberca de agua helada, a varios kilómetros del pueblo, más allá del río Cahuacán.

De ese modo corrí a pie y en bicicleta y aprendí a nadar. Enseguida jugué béis y básquet. Seguía por radio el curso de las grandes peleas de boxeo. En la niñez mis ídolos fueron deportistas y en la adolescencia actores y actrices y cantantes. De adulto, escritores.

Autoexiliado en el DF sentí la urgencia de inscribirme en un deportivo. Llevaba como tres años de vida licenciosa. Reporteaba, bebía y amaba en ese orden. El deportivo es la única manera de hacer deporte para mí en el DF. Soy alérgico a los polvorientos campos al aire libre. Estuve ocho años en el deportivo Chapultepec y llevo casi veinticinco en Lagunay. Mucho tiempo corrí en Los Viveros, de Coyoacán.

Nunca jugué en equipos pues mi trabajo solitario me ha llevado al extremo de practicar a solas cualquier ejercicio. Jugué béis y básquet porque ignoraba aún que iba a dedicarme a la escritura.

Cuando salí de un diario para fundar otro, José Reveles me pidió cierto día que lo acompañara a recoger a su hijo. Luego retomáramos la juerga. Su hijo adolescente estaba en una escuela de karate. Al ver a aquellos muchachos descalzos y vestidos de blanco exhalando una energía sobrehumana sentí una sacudida y un llamado. Quise hacerme karateca. Así supe de Bruce Lee, aunque él estaba muerto ya.

El diario salió tres meses después de inscribirme y no disponía de tiempo. Llegué a cinta verde. Mi despedida coincidió con una reconfortante golpiza. No me arrepiento. Era una asignatura pendiente de los tiempos de la prepa cuando participé en los guantes de oro.

Mi padre era juez de boxeo tras haber sido réferi y púgil. Él me veía tan flaco (uno ochenta y cincuenta y siete kilos) que preguntó si estaba seguro... Segurísimo, respondí. Quería ser Kid Chocolate o Joe Luis. También Kid Camarón o Kid Paletas. Pero no Kid Chichitas.

La noche de la pelea contra Kid Lavacoche, mi padre dejó su puesto de juez al pie del cuadrilátero y tomó asiento atrás. No debía ser juez y parte. Los gandayas le gritaban a Kid Lavacoche: ¡Tumbalo ahí donde está su padre! Pero aguanté de pie y apenas pude propinarle unos cuantos "jabs". Mi adversario estuvo los cuatro asaltos corriendo hacia atrás y yo persiguiéndolo. Kid Lavacoche tenía un miedo evidente. También yo, pero ni modo de correr en sentido contrario. Si él se hubiera detenido y contraatacado no habría habido empate.

Después del karate decidí ser corredor pero tiene sus bemoles. Cierta vez sufrí una tendinitis. Coincidió con que pude comprarme al contado un coche con una lana cobrada a partir de la liquidación en un empleo. Ahora ya no corra, me dijo el médico, camine, pero mucho...

Petunia vendió el coche porque también coincidió con que decidí no volver a trabajar a sueldo fijo. Quería vivir como escritor, en casa, y como reportero y periodista independiente. Durante un año y medio caminé como loco y escribí con vigor mi séptimo mamotreto. ■